

**RESPUESTAS BÍBLICAS
Y DOCTRINALES
A LOS
TESTIGOS DE JEHOVÁ**

Eugenio Danyans

**RESPUESTAS BÍBLICAS
Y DOCTRINALES
A LOS
TESTIGOS DE JEHOVÁ**



Editorial CLIE
www.clie.es

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
http://www.clie.es



© 2014 Eugenio Danyans de la Cinna

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2014 por editorial CLIE, para esta edición en español

Respuestas Bíblicas y Doctrinales a los Testigos de Jehová

ISBN: 978-84-8267-853-5

Depósito Legal: B.26.783-2013

Teología cristiana

Apologética

Referencia: 224858

Impreso en USA / Printed in USA

Reconocimientos

Para:

Srta. MARÍA BENEDICTA DAIBER

Directora de la Obra de Cursos Bíblicos Católicos de Barcelona.

D. VICENTE AMAT ORTEGA

Licenciado en Filosofía y Letras y colaborador de la Universidad de Barcelona.

D. ENRIQUE CAPO PUIG

Pastor evangélico, exprofesor de Griego y Nuevo Testamento en el Centro Evangélico de Formación Teológica.

D. FRANCISCO LACUEVA LAFARGA

Misionero evangélico, doctor en Teología y profesor de Lenguas Clásicas durante once años.

D. DAVID ESTRADA HERRERO

Doctor en Filosofía y Letras y profesor de la Universidad de Barcelona.

D. MIGUEL HERBAGE WATSON

B. D. (London), asociado del «London Bible College».

Deseo expresar mi más sincero y profundo agradecimiento por el interés con que han asesorado los análisis filológicos de los textos originales griegos del Nuevo Testamento que aparecen en este libro por su personal estímulo y colaboración a:

D. ANTONIO MARTÍNEZ SAGAU

D. JOSÉ GRAU BALCELLS

D. SAMUEL VILA VENTURA

Eugenio Danyans

ÍNDICE GENERAL

Prólogo editorial	9
Presentación	13
Introducción	17
I. La versión « <i>Nuevo Mundo</i> », ¿traducción o falsificación?	25
II. ¿Quién es el Verbo según Juan?	29
III. Disminuyendo la persona de Jesucristo	45
IV. Cristo, tabernáculo de la plenitud de Dios	69
V. Cristo, el ser subsistente por sí mismo	77
VI. Cristo, la forma de Jehová	85
VII. Cristo, el preeminente	93
VIII. Cristo, la deidad suprema	101
IX. Jehová y Cristo	109
X. La resurrección corporal de Jesucristo	123
XI. Falsificaciones referentes al Espíritu Santo	127
XII. La Trinidad divina a la luz de la Biblia	131
XIII. Algunas objeciones contestadas	141
XIV. Alma y espíritu	149
XV. La condición de los muertos	151
XVI. Cortamiento o castigo	169
XVII. La doctrina Russellista de los 144.000	177
XVIII. ¿Jesucristo murió en un madero o en una cruz?	181
XIX. La prohibición de sangre	187
XX. Historia del Russellismo	191
Epílogo editorial	201
Apéndice I. <i>El misterio de la supervivencia del alma</i>	205
Apéndice II. <i>El misterio del mundo de los muertos</i>	239
Bibliografía	247

Prólogo editorial

Luces y sombras del movimiento Russellista

Pocas personas hay en las ciudades y pueblos de España, así como en las naciones de América, que no hayan recibido la visita reiterada de unos proselitistas religiosos que se presentan como «Estudiantes de la Biblia». En este tiempo en el que la Iglesia Católica Romana ha modificado su antigua táctica de limitar las Sagradas Escrituras a los seminarios y fomenta la divulgación de la Biblia entre el pueblo, es una época de gran oportunidad para esos propagandistas en todos los países de tradición católico-romana, como la tuvieron por casi un siglo en los países protestantes, desde los comienzos de la secta.

No podemos menos que admirar el incansable celo con que estos hombres y mujeres llaman de puerta en puerta, y el paciente estoicismo con que reciben negativas y reproches; pero no siempre es así, y lo cierto es que la sociedad de «Los Testigos de Jehová» aumenta constantemente y con mayor celeridad que cualquier otra organización de tipo religioso.

La profunda convicción de estos propagandistas religiosos de que ellos solo entienden la Biblia de un modo completo, y de que es la voluntad de Jehová que se opongan a todos los gobiernos de la tierra y a todas las organizaciones religiosas, les proporciona una plataforma de sabiduría y de seguridad ante las gentes sencillas, así como una aureola de mártires, que favorece grandemente la introducción de su doctrina, sobre todo entre personas que se hallan opuestas a los regímenes gobernantes, no por motivos religiosos, sino políticos. De aquí que muchos se hayan hecho miembros de la secta y la propaguen con entusiasmo, no tanto por haber llegado a un conocimiento profundo de su necesidad espiritual y a una fe viva en Cristo como a su personal Salvador (por más que la doctrina de la Redención forme parte oficialmente de las creencias de la secta), sino por el atractivo que les ofrece el Reino de Dios sobre la tierra, en el sentido social y político.

Insatisfechos de la actual sociedad, ven un nuevo horizonte político en los postulados rusellistas; y no habiendo perdido del todo la fe en lo sobrenatural, esperan hacerse acreedores al disfrute del Nuevo Mundo mediante sus esfuerzos proselitistas en favor de su nueva fe.

La mayoría son gentes que habían oído hablar de la Biblia como base de fe de la iglesia a la que pertenecían, pero que no habían tenido ocasión de estudiar por sí mismos la Sagrada Escritura, y al ver los alegatos y promesas de sus visitantes, aparentemente confirmadas por textos bíblicos, se entregan sin reservas a la nueva creencia, que les parece más razonable que el dogma cristiano que profesaban sin conocerlo, quizá por pura tradición familiar.

Su fe ciega en los autoritarios dirigentes de la secta les da una gran ventaja sobre los fieles de las diversas ramas del cristianismo, y es que para ellos no hay dificultades dogmáticas. Creen que la Biblia es la infalible palabra de Dios, no por razones por ellos mismos estudiadas y reconocidas, sino porque así se lo han asegurado los jefes de Brooklyn y ellos se niegan a poner los ojos en ninguna otra literatura que no sea la de «La Torre del Vigía». Muchas veces les hemos ofrecido buenos libros apoloгéticos, por ejemplo, de Teología Natural o de Arqueología bíblica, totalmente favorables a los mismos puntos de vista que mantienen los «Testigos» en común con otros cristianos; pero se niegan rotundamente a hacer ningún uso de ellos, simplemente porque no llevan la marca de su secta.

Hay tan solo un punto de contacto con ellos, y es la Sagrada Escritura. No pueden evitar ese libro de texto, del cual se declaran estudiantes. Pero como hay en la Biblia doctrinas esenciales que difieren de aquellas recibidas oralmente o por escrito de sus maestros, los altos jefes de la secta se han visto obligados a editar una nueva «biblia» modificada y adaptada a las enseñanzas peculiares del russellismo. Tal es la «Traducción del Nuevo Mundo de las Sagradas Escrituras».

Mostrar que las deformaciones del texto original de la Biblia no es imputable a las biblias de uso corriente, sino a la fabricada por sus jefes, es la única manera posible de abrir los ojos a los obcecados estudiantes russellistas del sagrado libro.

Es notorio y conocido por cualquier persona de mediana cultura, que eruditos en lenguas bíblicas, tanto católicos como protestantes, se han esmerado en comparar y cotejar con extraordinaria paciencia palabra tras palabra y línea tras línea en centenares de códices, o sea, manuscritos de los tiempos cuando era desconocido el arte de la imprenta, con el fin de darnos las versiones más exactas del texto original de la Sagrada Escritura en las lenguas griega y hebrea, y a tales textos nos atenemos todos como base de autoridad literaria de la Biblia. Los traductores de Brooklyn citan y dicen atenerse a tales textos originales, pero en la realidad los modifican según su conveniencia, como tendremos abundante ocasión de ver en el curso de este libro.

Por esto creemos un gran acierto este «Respuestas Bíblicas y Doctrinales a los Testigos de Jehová», pues creemos que es el procedimiento más acertado y eficaz para mostrar a esos creyentes celosos y entusiastas la verdadera doctrina cristiana tal como dimana del sagrado texto, antes de pasar por las interesadas cribas de Brooklyn.

Este volumen sale a la luz en respuesta a una gran necesidad sentida por el autor durante largo tiempo, y para complacer las peticiones reiteradas de muchos cristianos pertenecientes a diversas iglesias, quienes escucharon de viva voz estos

estudios y, debido a la bendición espiritual recibida, sugirieron la idea de su publicación en forma de libro.

* * *

Es posible que por el carácter filólogo-teológico de este libro algún capítulo resulte pesado o difícil a cierta clase de lectores. En tal caso, sugerimos al lector que no deje el libro de lado, sino que, pasando de momento por encima de la parte difícil, comience su lectura en el próximo capítulo. Si le ocurre lo mismo, vuelva a empezar en el siguiente, pues es seguro que encontrará otros capítulos mucho más fáciles o de argumentación más interesante. Sobre todo si se trata de algún lector que ha estado ya en contacto con los «Testigos de Jehová» y conoce sus argumentos favoritos, el libro le parecerá fascinante en aquellas partes de más fácil comprensión.

Pero, una vez haya llegado al final del libro, le recomendamos que vuelva de nuevo sobre los capítulos difíciles, y lo más probable es que lo que antes le pareció tedioso y poco comprensible, le parecerá ahora curiosísimo y evidente, por más que no sea ningún experto en lengua griega o hebrea.

* * *

No quisiéramos que la erudita obra de nuestro amigo señor Danyans sirviera para desalentar o enfriar el celo religioso de los «Testigos de Jehová» ni su fe en la Palabra del Señor, sino tan solamente que tuviera la virtud de ayudarles a fijarla sobre mejores bases.

Creemos que es digna de todo respeto la fe, errada o no, de los creyentes russellistas. Muchos de ellos eran personas escépticas y mundanas en otro tiempo, y el contacto con los visitantes de la secta ha elevado sus aspiraciones y regenerado algunas vidas. Su repudio de la guerra y del servicio de las armas es un punto de vista que comparten otros fieles cristianos, y sus sufrimientos por este reparo de conciencia merecen toda nuestra simpatía y apoyo hasta donde es justo y posible.¹

1. Entendemos que los «Testigos de Jehová» tienen todo derecho a ser «objetores de conciencia» en cuanto al servicio de las armas, como lo son los mennonitas u otros cristianos individuales de las diversas confesiones cristianas; pero no negarse a cumplir servicios civiles o benéficos, como el de Sanidad. Pero lamentablemente sabemos que se niegan a toda sustitución de servicio, lo que es diametralmente contrario a las enseñanzas del Nuevo Testamento que nos exhortan a obedecer a los poderes constituidos. (Rm 13:1-10 y 1 P 2:13-17).

Deseamos que los jefes russellistas de Brooklyn lleguen a comprender esta diferencia y permitan a sus prosélitos ser legítimos objetores de conciencia, no obcecados rebeldes a las autoridades de sus respectivos países.

Aún más, pensamos que sería muy de apreciar la insistente y tenaz labor propagandística de los «Testigos de Jehová» cuando se limitase a convencer y convenir a personas ateas o despreocupadas de toda religión, ora figuren o no nominalmente en alguna iglesia cristiana.

Sabemos que existen hoy día otros «estudiantes de la Biblia» más peligrosos que los que van de casa en casa con unas docenas de textos bíblicos aprendidos de memoria para extender aquellas doctrinas peculiares de la secta a la cual han entregado sus vidas: son ciertos profesores de la llamada teología Radical que, no satisfechos con la revelación divina mediante Jesucristo y enamorados de las ideas panteístas del misticismo oriental, no solamente niegan la divinidad esencial de Jesucristo y su resurrección corporal, sino muchas otras doctrinas que los «Testigos de Jehová» mantienen todavía en común con el pueblo ortodoxo cristiano.

Pero los grandes errores y apostasías no nos deben hacer indiferentes y descuidados en cuanto a otros errores parciales, pero también básicos de la fe cristiana. Como en los procesos judiciales, mucho más en la esfera religiosa, tenemos el deber de prestar un juramento espiritual de ceñirnos a «la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad». Y esta Verdad es la que dimana de la Biblia, la Palabra de Dios, en su texto original; interpretada, no de un modo artificioso, sino llano y natural; comparando, en el caso de duda, Escritura con Escritura, pues como ha sido dicho con razón, la Biblia es la mejor intérprete de sí misma.

De ahí el gran valor e importancia del erudito libro del señor Danyans, que creemos destinado a prestar una eficaz ayuda a muchos cristianos cuando son visitados por los porfiados discípulos de Tace Russell. Y quiera Dios utilizarlo también para abrir los ojos a algunos de los mismos sectarios para llevarles a una fe cristiana más pura: al reconocimiento del Cristo, verdaderamente divino, de los evangelios y las epístolas, a fin de que puedan entrar en un contacto más íntimo y personal con Él, aceptándole como su único y suficiente Salvador y Señor.

Samuel Vila

Presentación

Es con satisfacción alborozada que presentamos este libro al lector. Su interés es doble: sale al paso de las fantásticas interpretaciones religiosas de los llamados «Testigos de Jehová» y sirve, al unísono, como material de estudio para quienes ya tienen una fe arraigada en la Biblia. A estos, la lectura de esta obra les ayudará a profundizar más y a robustecer su fe tanto en la Palabra de Dios encarnada (Jesucristo) como en la Palabra divina puesta por escrito (Biblia). En cualquier caso, estas páginas serán siempre un testimonio de la verdad revelada por Dios y refrendada por Cristo.

Es conveniente, hoy —cuando los «Testigos» («¿Testigos» de quién? ha preguntado alguien con mucha razón) pretenden hacer acto de presencia masiva en nuestra patria con el título de estudiantes de la Biblia, y como únicos seguidores fieles de sus enseñanzas—, es menester iluminar las tinieblas con la luz de la Palabra de Dios, es decir: no partiendo desde premisas o prejuicios sectarios, sino desde la misma perspectiva con que nos es ofrecido el mensaje bíblico: «En tu luz veremos la luz» (Sal 36:9). Y esto es lo que hace el autor de la presente obra, a cuya investigación nos asocia haciéndonos partícipes de todo cuanto tiene que decir la Revelación tocante a ella misma —y a su registro escrito, la Biblia— y, sobre todo, en relación con el centro de su testimonio: la persona y la obra de Cristo.

Hay un núcleo idéntico en toda postura sectaria: se trata del desplazamiento de la verdad hacia la periferia del interés espiritual para sustituirla por realidades, o necesidades secundarias y, en ocasiones, por crasas mentiras, falsas interpretaciones o desvaríos de fantasía. Se apela a la Escritura, pero sin la dirección del Espíritu Santo, sin la docilidad del estudiante humilde que, siguiendo el consejo de Jesús, se hace como «un niño» a los pies del Divino Maestro. Al contrario, es típico del sectario y de la secta —llámese «Ciencia Cristiana», «Mormonismo» o «Testigos de Jehová»— el colocar en primer lugar una interpretación propia con un acento peculiar y determinado y desviar como cosa secundaria lo que es fundamental en la voluntad divina. A veces, incluso, este centro del mensaje bíblico —este «Kerugma»— es echado por la borda y en su lugar aparece «otro evangelio». A la larga, es la triste experiencia que cosecha toda empresa sectaria.

La Biblia enseña constantemente, y de diversas maneras, que los grandes enemigos del hombre son el pecado y la muerte (cf. Os 13:14; 1 Co 15) y que el remedio divino es Jesucristo crucificado y resucitado de entre los muertos, «primicias de los que durmieron». Esto es el Evangelio, conforme a las Escrituras (1 Co 15:1-4; cf. Is 53:5-12).

Las sectas y las herejías no enfatizan nunca este elemento básico y central del mensaje revelado. Recuerdo la profunda pena que me causó comprobar la indiferencia —y hasta el desprecio— que un seguidor de los «Testigos» demostró por ese núcleo central del Evangelio y por su poder salvador (Rm 1:16), soslayando la presentación que le hacíamos, corroborada con nuestra propia experiencia de conversos al Dios revelado en Jesucristo, y manifestando prisa para ir a lo que él juzgaba fundamental: las doctrinas de su organización y la exposición de la literatura que, tenuta casi en igual autoridad que la misma Biblia, pregonan como venida del cielo.

Si los extraviados prestaran atención a la voz del Espíritu Santo que testifica de Dios por medio de la Palabra que él mismo inspiró, si escucharan este testimonio del Espíritu, oirían también ellos el tema fundamental de la Revelación. El que no lo oigan y no hablen de él ni se preocupen por su contenido cuando les es anunciado indica su falta de relación con el Espíritu de Dios, lo que implica, necesariamente, que se apoyan en un falso principio de autoridad religiosa. En efecto, su soporte máximo y único es la Sociedad con sede en Nueva York; aquí tienen sus jerarcas infalibles y sus oráculos indiscutidos. No es solo cuestión de hermenéutica —de interpretación de las Escrituras—, sino de algo mucho más profundo: el errado sistema hermenéutico se deriva del falso principio de autoridad en que se apoyan.

Como consecuencia, hay otro aspecto que se reproduce, invariablemente, en toda desviación del cristianismo bíblico: minimizar la obra o la persona de Cristo, el Salvador. En el primer caso, la expiación que por el pecado llevó a cabo el Hijo de Dios, muriendo en la cruz, o bien no es suficiente o es despreciada; en la segunda eventualidad se le quitan a Cristo sus atributos divinos. En los mal llamados «Testigos de Jehová» se dan cita ambas perversiones, productos lógicos del apuntado falso principio de autoridad.

Este libro de mi amigo y hermano, Eugenio Danyans, prestará un valioso servicio para desenmascarar las pretensiones «bíblicas» de los «Testigos». Porque toca el fondo de la cuestión; va directamente al meollo del problema.

No solo clarifica los textos y expone la verdad bíblica, sino que demuestra cómo los «Testigos» han torcido las Escrituras y han puesto en circulación una Biblia falseada y «adaptada» a sus prejuicios. El hecho de que jamás hayan dado el nombre de los flamantes traductores de su versión de

las «Escrituras del *Nuevo Mundo*» indica —no humildad, como pretenden con evidente astucia— la falta de garantías científicas que avalen dicha versión. Esta Biblia es una Biblia sectaria, y como tal es la negación misma del espíritu bíblico genuino. Las páginas escritas por Danyans son iluminadoras al respecto. Recomendamos su lectura y estudio. No solo para hacer posible la controversia, sino, positivamente, para afirmar todavía más nuestros pies en la auténtica verdad revelada.

Eugenio Danyans, además, no solo nos ofrece una serie de bien hilvanadas y reflexionadas argumentaciones bíblicas, sino que aporta la garantía de los textos originales que vindican sus conclusiones. Para ello, no ha vacilado en asesorarse y pedir consejo de los especialistas en lenguas bíblicas, cuyos nombres figuran en otro lugar de esta obra. Se trata, pues, de un trabajo bien pensado y bien hecho.

Su autor nos tenía acostumbrados a otra clase de libros. Especialista en cuestiones del espacio, astronomía, objetos no identificados, y particularmente interesado en la llamada «Teología cósmica» —terreno, a nuestro juicio, sumamente interesante, aunque de lleno todavía en la conjetura y la hipótesis—, los escritos de Eugenio Danyans parecían apuntar siempre en esa dirección. Pero quienes le conocíamos personalmente y sabíamos de sus dotes de expositor bíblico y predicador, estábamos convencidos de que algún día nos tendría que entregar una obra como la que ahora el lector tiene en sus manos. Una obra importante de teología bíblica tanto como de discusión apologética, un libro que desvela muchos errores, confunde la ignorancia que muchos tienen del texto sagrado y nos ayuda a andar por el camino de la verdad.

Sea bienvenido, y bien empleado, este libro que nos habla de la Palabra de Dios y del Dios de la Palabra, para mayor gloria de Aquel que permanece el mismo, ayer, hoy y por los siglos.

José Grau

Introducción

Al folleto *Testigos... ¿De Quién?*, de Antonio M. Sagau, denso, al par que diáfano en su ataque desde múltiples flancos contra los llamados «Testigos de Jehová», sigue ahora el presente libro de Eugenio Danyans, que, sin eludir la lucha en el más amplio frente, centra su crítica, devastadora y exuberante de erudición filológica, en unos cuantos pasajes-clave de la Palabra de Dios. Estos pasajes hablan tan claro por sí solos que Danyans ha podido contentarse con catapultarlos cual haces de cegadora luz, sin necesidad de subterfugios de apologética barata, ya que, como decía el gran C. H. Spurgeon, a la Biblia como a los leones no hace falta defenderlos; basta con abrirles la jaula.

Así pues, nos encontramos ante un libro «polémico». Pero «polémico», a pesar de su etimología, no quiere decir «belicista». Como decía A. M. Sagau en su propio Prólogo al aludido folleto:

«Te advierto que no es lucha contra “carne y sangre” (Ef 6:12). Ahora bien, no veas a quien contradiga unas doctrinas que no son verídicas a la luz de las Sagradas Escrituras como a un enemigo, no, sino mírale como a un ser humano que no conoce a Cristo, y ayúdale a encontrar al Salvador que tú tienes, para que él también se goce, comprenda y acepte su Dádiva maravillosa y pueda sentir en su interior el amor de Dios en Cristo-Jesús» (pág. 3).

El mismo espíritu ha movido también a Danyans a escribir este libro. En efecto, todo creyente es un soldado que debe usar, contra las fuerzas del mal, toda la amplia gama de la «panoplia» de Dios, como dice el original de Efesios 6:11. Pero es un soldado a la defensiva, no un atacante que invade en plan de conquistador; por eso, la «espada» de Efesios 6:17 es la «*má-chaira*» o machete corto, no la «*rhomphaia*» o espada larga de dos filos, que Apocalipsis 1:16 nos presenta como si saliera de la boca del Señor. La razón es que el converso y nacido de nuevo pisa ya, desde el comienzo, terreno de victoria y, por eso, su estrategia no consiste en «avanzar», sino en «estar firme» y «resistir» en el «poder de la fortaleza» del Señor (Ef 6:10-14). Pero, además, esta lucha no va «contra carne y sangre», no está empeñada contra el ser humano que tenemos delante, cualquiera que sea su etiqueta ideoló-

gica, sino contra los poderes del mal que lo esclavizan y aherrojan, contra los astutos «métodos» diabólicos (Ef 6:11), bajo cuyo imperio maligno yace todo el mundo inconverso (1 Jn 5:19).

Es, pues, una «polémica» obligada, en la que siempre debemos estar «equipados para presentar defensa (“apologían”) en réplica a todo aquel que nos demande una razón de la esperanza que hay en nosotros» (1 P 3:15), dispuestos a «contender ardientemente (“epagonídesthai”, en su preta “agonía”) por la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Jud 3).

Precisamente porque se trata de defender *una fe dada de una vez para siempre*, el cristiano no puede admitir la corrupción o tergiversación de su fe; menos todavía cuando una doctrina como la de los «Testigos de Jehová» pretende estar fundamentada sobre la Palabra de Dios, estando en realidad fundada sobre la falsificación de dicha Palabra. Es cierto que la Biblia de los «Testigos» ofrece indudables aciertos, pero no hay peores mentiras que las verdades dimidiadas, ya que el fragmento de verdad es el más peligroso cebo en el anzuelo del error, puesto que el intelecto humano, designado para la luz de la verdad, no puede ser seducido por errores «absolutos». La luz crepuscular es siempre la más temible tanto para el conductor preocupado como para el viandante desapercibido; en la plena oscuridad, el primero dispone de sus faros y el segundo empuña su linterna.

Pero lo peor es que los «Testigos de Jehová» no se limitan a cercenar del mensaje cristiano detalles periféricos o de escaso volumen. Pasando por alto sus crasos errores de hermenéutica en la interpretación de ciertos pasajes escatológicos y de otra índole, destaca, sobre todo, su negación del misterio de la Santísima Trinidad, base primordial y meta cimera del cristianismo; consecuentemente, se remueve de su emplazamiento angular la Roca de nuestra confesión —la divinidad de Jesucristo— y la personalidad (también divina) del Espíritu Santo. Queda solo Jehová, infecundo en su intimidad, solitario en su Olimpo, sin puente adecuado (sin «Pontífice Mediador») para acercarse a la miseria del hombre pecador.

En efecto, como ha dicho E. Mersch, si Cristo no es el Hombre-Dios estamos todavía perdidos:

«Si Cristo no es verdadero Dios, no es al “Dios-Salvador” al que nos acercamos; si no es verdadero hombre, no es nuestra naturaleza humana la que es salvada; si las dos naturalezas no subsisten en la unidad de una persona divina, el lazo que nos liga a Dios se suelta en el mismo momento de anudarse» (Morale et Corps Mystique, pág. 22).

No es nuestra intención elaborar aquí una refutación detallada de este ataque de los «Testigos» al núcleo central de nuestra fe. Eso supondría

hacer de esta Introducción una excrescencia atacada de gigantismo, por el volumen que adquiriría con relación al libro mismo. Por otra parte, tan prolijo empeño resulta injustificado, porque Danyans no necesita fuerzas de refresco para el bien concertado ataque de sus múltiples arqueros. Vamos, pues, a limitarnos, a petición del propio autor, a esclarecer algunos puntos desde una perspectiva estrictamente *teológica*.

A) La divinidad del Verbo

Nada hay tan majestuoso en el Nuevo Testamento de la Santa Biblia como ese grandioso conjunto de espirales trazadas en ritmo descendente por el Águila de Patmos, que es el gran Prólogo con que se abre el Evangelio de San Juan. Y, en su inicio, ese gran poema en tres estrofas, que resume todo un tratado de Teología:

*«En el principio era (existía) el Verbo,
Y el Verbo estaba cabe Dios,
Y el Verbo era Dios».*

Con razón dice E. Danyans que «Juan 1:1 es un verdadero tesoro para los creyentes por su profundo contenido doctrinal».

En efecto, este versículo contiene las siguientes enseñanzas:

a) «En el principio» (compárese con Gn 1:1), cuando las cosas comenzaron a ser, cuando el Universo salió de las manos del Creador, ya existía, con una eternidad que abarca y redonda todos los tiempos, el Verbo, el Logos o Expresión Infinita de la Verdad de Dios («Ver-Bo» = portador de verdad). Ese Verbo que, por estar «en el seno del Padre» (Jn 1:1) podía ser el Revelador final y exhaustivo del Amor del Padre al mundo pecador (Jn 3:16). Ese Verbo que, al encarnarse, pudo traducir al lenguaje humano la cara del Padre (Jn 14:9) y levantar su tienda de campaña («eskénosen», Jn 1:14) en medio de nosotros, para ser nuestro compañero («Emmanuel» = Dios con nosotros) de peregrinación en el gran Éxodo que tiene por meta la gran Tierra de Promisión que es la Jerusalem Celestial.

Ese Verbo-Encarnado, Jesucristo, plenitud de «la gracia y de la verdad» de Dios, fue, es y será para todos los hombres el gran Mediador de la gracia y de la verdad de Dios. «Gracia y verdad» son sinónimos de «misericordia y fidelidad», los atributos más gloriosos de Yahweh-Dios (V. Daniel 9:4-19). La misericordia infinita del Dios íntimamente Salvador (inmanente), al par que tres veces Santo, el «infinitamente Otro» (trascendente), reflejada, al mismo tiempo que velada, en el rostro de carne opaca de nuestro Sumo

Sacerdote, compasivo y débil (por Amor, que es la debilidad del Fuerte), pero «inocente, sin mancha, segregado de los pecadores y hecho más sublime que los Cielos», a fin de darnos acceso, con su sacrificio del Calvario, al trono de la gracia (V. Hb 4:15-16; 7:25-28). Y la «verdad» de Dios, no la verdad lógica, sino la verdad ética, la fidelidad a sus promesas, que es, por antonomasia, la Verdad de Dios (Yahweh = «el de siempre-para-su pueblo»).

Por eso, Cristo puede atribuirse a Sí mismo la *eternidad* de Dios («el que es, el que era y el que ha de venir», forma hebrea de expresar en tres tiempos la eternidad) y la *verdad* de Dios («el Alfa y la Omega», el Diccionario entero de la verdad de Dios). A este respecto, es curioso observar que la palabra «verdad» en hebreo es «emet», conteniendo las letras inicial, central y final del alefeto hebreo, y que el verbo «aman», con el que está semánticamente relacionada, significa «tener seguridad» («amén» = de cierto, así sea, así es; «omen» = arquitecto, constructor), porque la verdad para el hebreo, de pensar concreto y práctico, no era una «a-létheia» o *desvelación* al estilo griego, sino una «a-spháleia» o *seguridad*. De ahí que la verdad liberadora del hombre (Jn 8:32) sea recibida por «fe», es decir, por una mirada angustiada al Calvario (Jn 3:14-15), un acoger a Cristo en lo íntimo de nuestro Ser (Jn 1:12) y un descansar, con todo el peso de un pasado maldito y el anhelo de una sed antes irrestañable, en la Roca de nuestro refugio, para sacar «con gozo aguas de las fuentes de la salvación» (de Is 12:3 a 1 Co 10:4, pasando por Jn 4:10; 6:35 y 7:38).

b) «Y el Verbo estaba con Dios». El Verbo, Expresión Infinita del Padre, estaba con Él, frente a Él y, a la vez, en Su seno, como un «con-cepto» vivo, infinito, personal (el «Hijo» = parto del Padre siempre-pensante). Al atacar la divinidad de Cristo, basados en la generación del Verbo, los «Testigos» no hacen sino parodiar el viejo argumento arriano: si el Verbo es engendrado, una de dos: o está siempre comenzando a nacer y entonces nunca se acaba su alumbramiento, o está desde siempre engendrado y entonces ha terminado de proceder del Padre. Los escritores eclesiásticos ortodoxos, entre los que descolló el gran Atanasio, no necesitaron ir muy lejos para encontrar la solución al falso dilema. El propio Aristóteles les brindó la solución, desde un punto de vista metafísico, al distinguir entre la acción *transeúnte* y la acción *inmanente*, cuya exposición tan deliciosamente supo dramatizar Ortega en su Prólogo a la *Historia de la Filosofía* de Bréhier. Es decir, la generación corporal de un hombre es una acción *transeúnte*, o sea, lo engendrado *pasa* al exterior, dejando de estar en el claustro materno. En cambio, la generación espiritual del intelecto pensante, al producir un «con-cepto», no lo expulsa de su seno: el concepto permanece en el seno de la mente, actuándola y perfeccionándola como facultad pensante, por lo que, mientras la mente piensa, engendra, su concepto (su «verbo»), este

está perfectamente alumbrado desde el momento de su concepción y durante todo el tiempo en que la mente lo sigue pensando.

Pero hay una diferencia notable entre el concepto humano y el Verbo Divino, y es que nuestro intelecto es una potencia *actuada* por el pensar, que produce el concepto como un efecto (accidente) de nuestra facultad intelectual, mientras que la mente divina siempre está en acto, por ser Dios el Acto Purísimo sin mezcla de potencialidad pasiva actuable, es decir, el Ser sin fronteras ni limitaciones del no-ser. Con lo que el Verbo de Dios ni *activa* el pensar del Dios siempre en Acto, ni es un concepto accidental de la mente divina, sino el producto (entendiendo «pro-ducir» como correlativo de «pro-ceder») sustantivo, personal, divino («Luz de Luz, Dios verdadero del Dios verdadero») que connota el término generativo (filial) del principio generador que es el Padre. Conclusión: El Verbo, Dios-Hijo, procede del Padre por vía de generación intelectual, sin posterioridad (no se puede concebir al Padre sin implicar al Hijo (Jn 2:23), sin subordinación, sin causalidad.

c) «Y el Verbo era Dios» (si respetamos el hipébaton del original: «Y Dios era el Verbo»). Para que no quedara lugar a dudas, Juan clavetea el sublime sentido de toda la perícopa al afirmar que aquel Verbo que preexistía a la Creación del mundo y estaba cabe Dios («prós» es la preposición que usa Aristóteles para enunciar la categoría de «relación» —las personas divinas subsisten como tales en la esencia divina merced a su mutua interrelación—) es ¡Dios! (sin artículo para expresar la naturaleza, no una persona, divina). El Verbo es Dios porque comunica en la misma esencia divina con el Padre. La mutua interrelación de Padre e Hijo implica una eterna recirculación de la Vida divina. El Verbo es la Palabra del Padre; por tanto, es expresada por el Padre, vive *del* Padre. El Padre es el que expresa; por tanto, no vive *de* la Palabra, pero sí vive *de decirla*. Es una Palabra tan infinita como el que la dice y, por eso, es exhaustiva, única. Dicha esa Palabra, Dios no tiene más que decir (Hb 1:1-2). ¡Qué estupendo, poder fiarse de un Dios que no tiene más que una Palabra!

Ahora ya se entiende mejor la solemne afirmación de Jesucristo en Juan 10:30: «Yo y el Padre somos uno (mismo ser sustancial)». Como muy bien hace notar Danyans, tenemos aquí junto a la clara distinción de las personas, remachada por el verbo en plural, la identidad de esencia, expresada por el pronombre numeral cardinal de género neutro. De esta manera, junto a la aseveración nuclear de la igualdad de Cristo con el Padre, tenemos el numeral neutro «hén» que nos libera del Caribdis del arrianismo (negador de la unidad de esencia), y el plural «esmen» que nos libera del Escila del sabelianismo (negador de la distinción de personas).

B) La divinidad del Espíritu Santo

No deseamos alargar más esta Introducción, pero antes de dejar a Dan-yans la palabra para que los lectores saboreen las propias páginas de su libro, permítasenos decir unas palabras sobre la divinidad del Espíritu Santo, sin lo que estas breves lucubraciones teológicas sobre el misterio de la Trinidad (que los «Testigos» niegan) habrían de quedar un tanto mancas.

Así como Jesucristo, en cuanto «Verbo de Dios», es la *Expresión* Infinita de la Verdad divina, el «Logos» de la mente del Padre, así también el Espíritu Santo es la *Impresión* Infinita del Amor divino, que procede del corazón (valga la metáfora) del Padre y del Hijo. El Padre engendra al Hijo y Se ve a Sí mismo en Él. El Hijo contempla al Padre, que, al engendrarle, le comunica todo cuanto tiene y todo cuanto es, exceptuada su relación paternal que Le constituye como primera persona de la Trinidad. El Amor del Padre al Hijo es un Amor de entrega que «responde» (con promesa insistente), poniendo el «Tú» delante del «Yo»: «Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy» (Sal 2:7). El Hijo «co-responde» con un Amor de sumisión absoluta: = «He aquí que vengo... para hacer Tu voluntad» (Hb 10:7).

Y ambas corrientes de Amor divino, como dos gigantescas olas lanzadas la una contra la otra, dan origen a una tercera, también infinita, ola de Amor: el fruto del Amor, hecho Amor personal, El *Espíritu* («Pneuma» = viento), avasallador vendaval que arrastra todo lo creado («L'Amore chi move il Sol e l'altre stelle», como escribiera el Dante) hacia el pleno cumplimiento del Bien Divino; por eso, es *Santo*.

Es aquí donde el talento colosal del Aquinate desarrolló uno de sus mejores logros teológicos. Dios ha hecho al hombre a imagen de Dios. Como Dios, el hombre fue creado, a escala limitada e imperfecta, señoreador por su voluntad, pensante por su intelecto, espiritualmente amante del bien (recto moralmente) por su corazón. Esta imagen de la Trinidad en el hombre ya había sido barruntada por Agustín de Hipona. Pero Tomás de Aquino fue más lejos. La corriente del intelecto y la corriente del corazón siguen opuestos derroteros: la corriente del intelecto es centrípeta, porque su labor es *asimilar*, atraer las cosas a la altura del cerebro para reflejarlas en forma de ideas: parto de la «inteligencia-madre», ante la patencia del «objeto-padre». Por el contrario, la corriente del corazón es centrífuga, porque su labor es *asimilarse*, asemejarse a: ser atraída por el bien que le subyuga («no somos cazadores, sino presas», ha dicho agudamente G. Thibon), para convertirse en él; por eso, el corazón no atrae las cosas al nivel del amante, sino que se alza o se derriba al nivel del amado. Por tanto, concluye, es más noble conocer el mal que amarlo; en cambio, es más noble amar a Dios que limitarse a conocerlo.

Y es ahora cuando nos percatamos de la majestuosa parábola que el Amor de Dios ha trazado para salvar al hombre. No solo nos ha dado el Hijo (Jn 3:16), la Expresión reveladora de su Verdad, sino también el Espíritu (Rm 5:5), la Impresión difusora de su Amor. Por eso, los dones son muchos, pero el Dador es uno (1 Co 12:4), porque el Espíritu-Dador es el primer Don, el Don infinito del infinito Amor de Dios, pues —como también intuó el de Aquino— cuando una persona da algo, este algo no es verdadero «don» si el dador no da por delante el corazón; toda otra procedencia que no sea un generoso «ágape» es sospechosa de vileza y bastardía. Este Espíritu es el que hizo al Hijo tomar «la forma de siervo», para exaltarle después a la majestad del Nombre («Jesús» = Dios salva), ante el que toda rodilla debe doblarse (Flp 2:5-11). Y este Espíritu ha hecho también descender al Hijo y «hacerse pobre, siendo rico, para enriquecernos con su pobreza» (2 Co 8:9).

Que este Espíritu-Amor es una *persona* divina lo expresa ya (entre otros) el hecho de que —como dice Danyans— es llamado «Parákletos» = Alguien a quien se llama para que acuda al lado a ayudar. Sí, el Espíritu ayuda (a cada creyente y a la Iglesia toda), regenerando, santificando, inspirando y, en fin, enseñando y haciéndose *recordar* (o sea, volver a pasar por el corazón, como decía Ortega) lo que Cristo dejó enseñado. Es una *persona* —Él, ¡el Amor!— y una persona divina. Podemos concluir con Bossuet: «Solo los cristianos pueden afirmar que su Amor es un Dios».

Francisco Lacueva

La versión «Nuevo Mundo», ¿traducción o falsificación?

*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar,
para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.*
2 Timoteo 3:16

Everek R. Storms, editor de *The Gospel Banner*, publicación oficial de la Iglesia Misionera Unida, acusó a los pseudo «Testigos de Jehová» (decimos «pseudos» porque los verdaderos testigos de Jehová, los cristianos bíblicos, no pueden sustentar las falsas doctrinas que esta secta propaga) de producir deliberadamente su propia traducción adulterada de la Biblia. Un comité de traducción integrado por un grupo de hombres anónimos produjo, en inglés, la «Traducción del *Nuevo Mundo* de las Santas Escrituras», cuya edición resultó en la publicación de seis tomos.

La traducción del «*Nuevo Mundo* de las Escrituras Griegas Cristianas» apareció primero en inglés, en agosto de 1950. Después se presentaron, también en inglés, y en su debido orden, los diferentes volúmenes de la *Traducción del Nuevo Mundo* de las «Escrituras hebreo-araméas», o sea, el Antiguo Testamento, en cinco tomos sucesivos. El primer tomo en 1953, el segundo en 1955, el tercero en 1957, el cuarto en 1958 y el quinto en 1960. Desde el comienzo de la obra —dicen— fue el deseo del comité traductor tener los seis tomos unidos en un solo libro, lo cual se hizo en 1961. Así surgió la «Biblia Russellista», a saber, la *New World Translation of the Holy Scriptures* en un solo tomo. (Estamos siguiendo los datos suministrados por Storms).

En 1967 apareció la versión española de dicha biblia, en una primera edición de 500.000 ejemplares, la cual está siendo difundida por los tenaces propagandistas de la secta, por todas partes del mundo de habla española, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Continente.

Cuando el editor Storms trató de conseguir los nombres de los miembros que integran el comité supuestamente calificado para publicar la *Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras*, partiendo de los idiomas originales de la Biblia, no obtuvo respuesta.¹

1. En carta que obra en mi poder, la Asociación de los «Testigos de Jehová» me comunicó lo siguiente: «La *Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras* no fue producida con el objetivo de glorificar o sostener la memoria del nombre de hombres. Por lo

«La sociedad —dijo Storms— rehusó categóricamente revelar la identidad de los miembros del comité traductor». ¿Por qué? ¿Tienen acaso vergüenza?

Entre los muchos defectos que alteran la fidelidad y belleza de las demás versiones, la traducción de los «Testigos» tiene ante sí la tremenda blasfemia de negar la deidad de Jesucristo, socavando su grandeza única, empequeñeciéndolo y dejando a Cristo reducido a la categoría de un pequeño «dios» de segunda clase, inferior al Padre, no idéntico a Jehová.

Otra osadía consiste en llamar al Espíritu Santo con el calificativo de «fuerza activa» o «expresión inspirada», despojándole así de su personalidad y deidad, por cuanto tampoco aceptan la doctrina bíblica de la Trinidad. De esta manera, los sectarios de esta fanática organización se empeñan en degradar deliberadamente al Espíritu Santo, aplicándole también iniciales minúsculas, mientras que al diablo se le nombra con inicial mayúscula.

En el prólogo a la *Traducción del Nuevo Mundo de las Escrituras Griegas Cristianas* leemos:

«Esta versión en español es, por lo tanto, una traducción de la traducción al inglés de las Escrituras Griegas Cristianas, pero con fiel consulta del texto griego original. En el caso de las Escrituras cristianas, la Traducción del Nuevo Mundo está basada principalmente en el famoso texto griego de Westcott y Hort, que se conforma a los manuscritos griegos de más antigüedad... En la New World Translation se hace el esfuerzo de traducir el texto griego del modo más literal posible, y en esta versión en español se hace el esfuerzo de presentar esta misma exactitud literal. Por eso, cuando se introducen palabras consistentes con el contexto para hacer la traducción clara y comprensible, se encierran las palabras insertadas entre corchetes».

tanto, los hombres que forman el comité de traducción han indicado a la Junta Directiva de la Sociedad su deseo de permanecer anónimos, y específicamente no desean que sus nombres sean publicados mientras estén en vida ni después de su muerte».

Esto, ciertamente, tiene un aspecto de virtuosa humildad, pero la realidad radica en otro motivo, que aparece claramente en muchas otras peculiaridades de la secta, y es: sostener la autoridad de la organización en bloque mediante el anonimato, como los reyes de Persia, que nunca se dejaban ver para infundir mayor respeto a sus vasallos. Mientras que la Verdad se apoya en la libertad y el conocimiento. «Luz y taquígrafos», como decía Castelar.

Notemos, empero, que el ardid no es nuevo, ni la falsa humildad es exclusiva de esos anónimos traductores, pues el apóstol San Pablo denunciaba ya en el primer siglo a unos sectarios que propugnaban errores doctrinales muy semejantes a los de los llamados «Testigos de Jehová» diciendo: «Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entrometiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal» (Col 2:19). — (Nota del autor).

Aquí hay varios artilugios para engañar al confiado lector:

1.º Si la versión en español de la Biblia que ofrecen los «Testigos» se trata, en realidad, de «una traducción de la traducción al inglés», entonces no tiene demasiada autoridad porque no es una transcripción directa de los textos originales griegos (en cuanto al Nuevo Testamento se refiere).

2.º La «fiel consulta del texto griego original» a que se alude, es otra sagaz artimaña de los traductores, pues la versión que presentan está muy lejos de sujetarse a dichos textos y está en abierta contradicción con ellos, como va a ver el lector en las próximas páginas.

3.º El alegato que aducen de que su Biblia «está basada principalmente en el famoso texto griego de Westcott y Hort» es otra falsedad descomunal, por cuanto la versión de Brooklyn no se ajusta a dicho texto.

Para que el lector pueda percatarse de ello reproducimos por fotografiado porciones del citado texto griego del Nuevo Testamento que los «Testigos de Jehová» han publicado bajo el título de *Interlinear Translation of the Greek Scriptures*, en el cual dan, sí, el referido texto griego de Westcott y Hort literalmente traducido al inglés en las interlíneas que aparecen debajo de las palabras griegas. El lector que conozca griego a la vez que inglés se dará cuenta de que esta traducción interlineal es generalmente correcta (salvo algunas excepciones que hacemos notar en su lugar); pero esto ocurre en el menor número de los casos. En la gran mayoría, la versión interlineal es enteramente exacta.

Pero lo lamentable es que la versión en la columna al margen, que publican juntamente los «Testigos de Jehová», difiere absolutamente de la interlineal. En dicha columna no aparece una traducción, sino una tergiversación tanto del texto griego como de la traducción literal por ellos mismos publicada.

Quisiéramos que todos nuestros lectores conocieran inglés para que pudieran darse plena cuenta de la referida diferencia. Como el inglés es, empero, una lengua ampliamente conocida, creemos que cualquier lector encontrará un amigo de su confianza a quien pueda pedir la comprobación de lo que acabamos de exponer.

La *Traducción del Nuevo Mundo* es una traducción exacta de su propia versión inglesa, tal como aparece en la antes citada columna; pero una total falsificación de la traducción literal del texto griego, que es lo que tiene toda la autoridad y valor. La «Asociación de los Testigos de Jehová» tiene el cinismo de afirmar que «esta traducción, aunque no da prominencia a nombres de personas altamente respetadas como traductores (?), aun así se recomendará por sí misma a todo investigador honrado, por su fidelidad, valor y exactitud». (¡Hasta aquí podía llegar el colmo de la desfachatez!).

Dicen, asimismo, que «en los varios tomos de su edición original en inglés, tiene el sostén de copiosas remisiones y notas explicativas que muestran por qué la “Sociedad Watch Tower”, al publicar esta traducción, vierte la materia bíblica como lo hace».

En réplica a esto, confiamos en que el buen criterio del lector le permitirá enjuiciar con sabio discernimiento cuanto exponemos en las páginas que seguirán, y descubrirá por sí mismo cuán falsa es la base en que se apoya la *Traducción del Nuevo Mundo*.